

Uno de los aspectos más importantes a la hora de crear al personaje consiste en establecer su entorno y que este funcione de manera coherente con el mismo. Los elementos que propusimos en sendas maletas son una especie de «mapa» vital de un personaje y, aunque dados de manera arbitraria, en la imaginación de un escritor este mapa se manifiesta de manera bastante exacta. No es del todo cierto que un escritor escriba sólo de lo que conoce, pues su mundo sería limitadísimo y obtuso: un escritor escribe para *conocer* y qué mejor manera de conocer que indagar sobre cómo es su personaje y su entorno, aunque al principio obviamente no se sepa muy bien nada de ello. Creemos que estos cuatro cuentos que hemos elegido son una buena muestra de esa indagación. En el cuento de Pepe Aguilar, que vuelve a darnos una estupenda lección de observación y lenguaje, las piezas que van sacando adelante la historia parecen ir encajando poco a poco, de manera muy solvente en la voz de su narrador. Ha sabido también descubrir la dirección que aparecía en una de las maletas y supongo que un vistazo al Google le permitió saber que esa dirección no resultaba gratuita y que podía enriquecer la historia que, insistimos, nos parece de gran factura, acaso un poco precipitada la final, pero obviamente poco más se puede hacer en dos páginas y con el añadido de dar coherencia a todos los elementos propuestos. Nos parece impecable su resolución. Algo similar ocurre con el texto de Andrés, que vio desde el principio una cierta concatenación de elementos y los dispuso para sacar el relieve de su personaje, un clown, un saltimbaqui quizá, contado desde la perspectiva de un narrador testigo. Hay una minucia que no recarga, hay un interesante uso de ese narrador que por momentos parece cobrar más vida que el protagonista y aunque en el texto presentado no resulta confuso es necesario manejarse con cuidado: cuidado con los personajes que «chupan cámara». De todas formas, creemos que ha sido muy acertado en la composición del texto.

En el cuento de Paolo rescatamos la sencilla limpieza de su lenguaje y la forma en que introduce ciertos elementos de tal forma que ajustan entre sí con bastante naturalidad, de tal manera —y eso es muy valioso— hacen bastante sencilla su lectura, aunque apuntamos dos observaciones que nos parecen imprescindibles: una es la de las exposiciones forzadas, desfallecimiento aún frecuente en algunos textos que nos envían, y que confiere a la voz del narrador en algunos pasajes cierta rigidez: «Roberto, *mi compañero de trabajo*», o «donde ahora reside *mi primo Rafo*.» Y el otro aspecto es que al dejarse algunos elementos de la maleta en la recámara, el texto se limita muchísimo y se ordena de una manera muy esquemática: en la elaboración del personaje y su entorno no podemos olvidar que la complejidad de este (aparezcan o no aparezcan explícitamente en el texto) depende de la riqueza de elementos, situaciones, anécdotas, etc, que tengamos a nuestra disposición.

Finalmente, destacamos el cuento, el retrato más bien, que nos ha enviado Ernesto Groppo donde con suma habilidad nos ha brindado un estupendo ejercicio de observación: todo lo que dice el personaje rezuma coherencia y naturalidad. Aunque de él sepamos poco, intuimos mucho acerca de su decepción, de cierto desencanto vital que se refleja en pequeños detalles como el querer explicar que no fuma mentolados, o la declaración de principios acerca de la falsedad de su vida. También nos ha gustado mucho su lenguaje, de carácter más bien intimista y sin concesiones a ningún dramatismo en la historia. Mesurado y exacto, sólo advertimos que chirría —precisamente por lo impecable de todo el texto— una frase muy hecha: «*Mudos testigos de aquella noche...*» y que podría quitarse para que el texto gane con diferencia.